

Cuadernos de Ciudad #8



Cátedra Nueva Ciudad
Enero de 2009

Cuadernos

de ciudad # 8



Constituyente por Cali

Un corazón puede mucho
muchos corazones lo pueden todo!

Cátedra Nueva Ciudad

Memoria Urbana

Cuadernos de ciudad # 8



**ALCALDÍA DE
SANTIAGO DE CALI**



CALI, UN NUEVO LATIR!



Constituyente por Cali
Un corazón puede mucho
muchos corazones lo pueden todo!

Cuadernos

de ciudad # 8

Jorge Iván Ospina Gómez
Alcalde de Santiago de Cali

Comité Editorial

Jesús Darío González Bolaños
Asesor de Participación Ciudadana y Gestión de Políticas Públicas

Carlos Anaya García
Consultor Comunicaciones Alcaldía de Santiago de Cali

David Santos Ruiz
Profesional de Apoyo- Asesoría de Participación Ciudadana y Gestión de Políticas Públicas

Alfayma Sánchez
Consultora Proyecto Constituyente por Cali

Diseño de Portada

Visión Digital

Edición Digital e Impresión

Merlín i.d.

Enero de 2009

Contenido

Presentación	9
Cali William Ospina	11
La Ciudad desde adentro: Signo, memoria y frontera Alejandro Haber	17

Cátedra Nueva Ciudad
Último martes de cada mes

¿Qué es la Cátedra Nueva Ciudad?

La cátedra NUEVA CIUDAD es un esfuerzo intersectorial, interinstitucional y ciudadano, coordinado de manera colegiada con plataformas académicas y sociales, con gremios y universidades, orientado a producir, circular y divulgar conocimientos, experiencias y propuestas colectivas para la construcción compartida de la nueva Santiago de Cali.

Consiste en un dispositivo que promueve y gestiona la producción de reflexiones y acciones colectivas en cuatro ámbitos:

1. Las dinámicas de participación ciudadana.
2. El reconocimiento y visibilización de los escenarios, actores y procesos de cultura urbana.
3. La marcha de las políticas públicas.
4. La presentación de propuestas y/o estrategias de pedagogía urbana para la construcción de ciudad.

El funcionamiento de la Cátedra se coordina a través de una Mesa Colegiada donde pueden participar de manera permanente o temporal entidades y organizaciones del sector público, privado, social y/o comunitario, mediante un criterio de planeación conjunta y responsabilidad compartida, en función de metas colectivas y proyectos de transformación participativa de la ciudad.

Informes:

Teléfono: 6533783

Email: participacionciudadana@cali.gov.co



Presentación

Somos nuestra memoria, somos ese quimérico museo de formas inconstantes, ese montón de espejos rotos.

Jorge Luis Borges (1899-1986) escritor argentino

El signo de la cuestión urbana se relaciona con transformaciones vertiginosas en la arquitectura de las ciudades, con los acelerados cambios en las costumbres, con las cambiantes formas de vivir el tiempo y el espacio, con los crecientes problemas de gobernabilidad. La ciudad más que un todo organizado se nos presenta como un lugar múltiple, un escenario de incertidumbre, versátil, casi inaprensible y difícil de comprender.

Quizá esa característica de inabarcabilidad, de dificultad para comprender la vida urbana, es uno de los asuntos que ha servido de inspiración a poetas y ha sido fuente de reflexión y debates de filósofos, historiadores, economistas, politólogos, etnógrafos, etc. Siguiendo el poema de Borges, asumir la reflexión sobre la ciudad, en muchos casos implica acercarse a un montón de espejos rotos, en donde el olvido pareciera un rasgo de la conformación urbana.

Frente a este panorama, surgen variadas preguntas: ¿Cómo comprender las transformaciones que se dan en el seno de las ciudades?, ¿Cómo apalabrar lo que ahí acontece? ¿Cómo realizar propuestas propias que interpreten las múltiples búsquedas que habitan la vida urbana?

Existen frente a estos interrogantes, variadas maneras de acercarse, todas ellas pertinentes. En el Plan de Desarrollo de Cali 2008-2011 “Para vivir la vida dignamente” se consigna dos propuestas que permiten acercarse a dichos asuntos, los cuales el Equipo de la Cátedra de la Nueva Ciudad desea resaltar. Uno se relaciona con el Plan Marco 2036, el cual pretende formular participativamente una agenda estratégica para Cali. El otro es la reformulación del Plan de Ordenamiento Territorial.

Las propuestas en mención permiten ser abordadas de diversas formas. Una de ellas recuperando relatos sobre las vivencias de construcción y cambio de los barrios, de

las formas de nombrar y morar la ciudad. Estos relatos se constituyen en una forma de aproximación a la vida urbana que permitan realizar propuestas imbricadas en la vivencia caleña. La memoria no es un pasado muerto, es una fuente para reconocer quienes somos y proyectarnos como comunidad. Es por eso que este número de los Cuadernos contiene dos documentos sobre ciudad y memoria.

En el primero, Alejandro F Haber, investigador y docente de la Universidad Nacional de Catamarca – Argentina, realiza una reflexión sobre la importancia de la memoria para la reconstrucción de proyectos de ciudad.

En el segundo, William Ospina, reconocido escritor colombiano, presenta un relato de Cali y sus transformaciones, apelando a la vivencia propia, mostrando las mutaciones de la capital vallecaucana.

Esperamos que este documento aporte a la reflexión frente a la necesidad de formular planes y propuestas recuperando saberes, debates y formas específicas de hacer ciudad.



CALI

William Ospina

El señor de las rosas me dijo una vez que hace años, en los días tranquilos, desde el centro de Cali podían oírse los pitos de los vapores que iban por el río Cauca.

La noticia me asombró porque en mis tiempos el río Cauca ya quedaba muy lejos del centro, ya sólo era perceptible cuando uno se lanzaba en las noches a la aventura de irse a bailar a Agapito, la discoteca enorme de Juanchito, pero ya entonces no había barcos navegando y ni siquiera recuerdo botes ni canoas.

A medida que una ciudad crece se va llenando tanto de sí misma que juega a borrar la naturaleza en la que reposa, la naturaleza de la que ha nacido. Pero claro que esa es también una ilusión, porque a pesar de las pretensiones de la modernidad y de las ínfulas de lo urbano, la naturaleza sigue presente por todas partes. En los cerros que se alzan al occidente y al sur: Picoeloro, que siempre me recuerda mi cobardía física, porque soy uno de los pocos entre mis amigos que nunca se atrevió a subir a pie a esa enormidad, o las Tres Cruces y Cristo Rey, que me recuerdan la inseguridad de otros tiempos, porque en uno de esos cerros, una tarde de hace treinta años, a un amigo mío y de muchos de ustedes le pegaron un tiro en el pecho, con tan buena y asombrosa suerte que pudo bajar en su automóvil, manejando él mismo, hasta la clínica, donde le dieron la extraña noticia de que la bala había atravesado su cuerpo sin tocar ningún órgano vital. El hecho es uno de los muchos asombrosos que guardo en mi memoria de esta ciudad que ha sido el refugio de mis sueños desde la ya lejana infancia.

Pero más asombroso aún es que, en ese mismo día en que Alberto Valencia renació por arte de magia, sobreviviendo a un balazo en el pecho, otro amigo mío, Alejandro Hermann, dio un mal paso trivial mientras caminaba por la avenida sexta a la altura de la Campiña, y se despeñó en la eternidad. Así son las cosas de la vida. Y no sólo sé que fue hace treinta años, sino que recuerdo exactamente qué día ocurrió: el 16 de junio de 1979. Lo recuerdo por una razón que vale la pena mencionar aquí, y es que esa es la fecha en que transcurre la novela de la ciudad moderna, el *Ulises* de James Joyce, que convierte en lenguaje un día en la vida de una ciudad, el 16 de junio, pero tres cuartos de siglo antes, en 1904, y en Dublín, cuando Cali no era esta compleja y desmesurada ciudad moderna sino una aldea en la que seguramente se escuchaba desde el centro el pito de los vapores que pasaban por el río Cauca.

Ironías de la vida: con Alejandro Hermann, el hombre más gracioso que conocimos en aquellos tiempos, el mejor humorista, el más inquietante actor y el más desdichado ser humano que quepa imaginar, teníamos precisamente un grupo de lectura del *Ulises* de Joyce, fundado no por él, ni por mí, sino por Adolfo Montaña, que fue quien nos inició a todos en el culto de esa novela. Y cada año, hasta el 78, hacíamos ese día una fiesta

joyciana, que comenzaba desde la mañana, que nos obligaba a detenernos en todas las minucias de la ciudad en el día, para recordarlas al anochecer, y que terminaba con una reunión en nuestro apartamento de la unidad residencial Santiago de Cali, donde Adolfo armaba un altar en el que solemnemente ponía la novela del irlandés Joyce encima de las obra completas “del enemigo inglés William Shakespeare”.

La naturaleza está por todas partes. Está en el Cerro de las Tres Cruces, que según me dijo alguien fueron erigidas para impedir que el diablo se metiera en la ciudad, cuando corrió la voz de que ese ser temible había salido de España con dirección a América. Olvidaron que para impedir que entrara el diablo habría que impedir que entrara el ser humano, de modo que cuando las cruces fueron erigidas el diablo hacía tiempo que se movía por nuestras calles.

Y no hablo del diablo pintoresco y rojo que es el símbolo de un equipo de fútbol, sino de otro, que seguramente es el responsable de ese hecho que encabezaba las noticias del domingo pasado en la prensa local, la noticia de que “En Cali ser joven es un peligro mortal”, y que 2700 jóvenes han sido asesinados en los últimos quince años en esta ciudad que en otros tiempos pudo llamarse la más alegre del país. Las estadísticas han crecido, pero la atmósfera es similar a la que había cuando yo llegué a Cali por primera vez en el año 1962. Una de las leyendas que nos recibieron fue la del “Monstruo de los mangones”, un ser tenebroso y difuso que mataba niños y les extraía la sangre, y que alimentaba rumores sombríos, algunos de los cuales sirvieron después para que Luis Ospina y Alberto Quiroga concibieran el tema de su película “Pura sangre”.

La naturaleza está en la colina de San Antonio y en el cerro de Los Cristales, que fueron los amables miradores de Cali antes que un proceso urbano insensible pusiera una barrera de edificios entre el observador y el paisaje, de modo que ya es difícil ver el “vértigo horizontal” de ese valle que hace un siglo era todavía un confín de bosques inundados donde navegaban en troncos las serpientes, o ver el muro rojo de los incendios que afligen la llanura. La naturaleza está en el parque del Acueducto, que tiene todavía la tranquilidad y el encanto de un refugio natural, y donde tal vez todavía los adolescentes arrancarán de los árboles cristalinas cáscaras de cigarra. La naturaleza está en las ceibas poderosas que sin duda sostienen el cielo, las del Paseo Bolívar, que se han ido diezmando, la inmensa y venerable de la calle 44, las de San Fernando y Santa Rita, y la Ceiba mayor de la Avenida Circunvalar, junto al cerro de los Cristales, que en ciertos días del año, cuando pierde las hojas, se llena de pomos de miel que bajan a morder bajo un cielo rojo de atardecer las nubes de murciélagos.

La naturaleza está en las noches del Lido, que huelen a jazmines, y en las calles aromadas de camias por las cuestras de Juanambú. Está en las hileras de cauchos magníficos que a veces los vecinos insensibles mutilan sin misericordia, en los guayacanes dorados que llenan de fiesta las calles como si arrojaran a pedazos una sombra amarilla, y en la forma caprichosa de los chiminangos que son entre todos los árboles los que más parecen tener voluntad propia porque cada uno crece a su antojo: uno se extiende, otro se inclina, otro se retuerce y cambia bruscamente de dirección, otro definitivamente se acuesta sobre el prado en las orillas del río.

La naturaleza está en la topografía, está en las lluvias caleñas, que son las lluvias más apasionadas y vehementes que uno pueda conocer, hasta el punto de que ni siquiera las lluvias de La Habana, salvo tal vez en tiempo de huracanes, se les pueden comparar en estropicio y en entusiasmo, porque en Cali llueve de arriba hacia abajo pero también desde todos los costados, y en todos los ángulos. Yo estaba viendo llover no hace muchos años desde una ventana del hotel de la Torre de Cali, y ví a lo lejos caer un rayo tan poderoso, que no me sorprendió más tarde oír la noticia de que dos futbolistas habían sido alcanzados por la fulminación en pleno partido en las lejanas praderas de Pance.



Así que la naturaleza no puede ser borrada, está ahí, es el sustrato de la ciudad, pero es también la condición permanente de su existencia. Nosotros no solemos preguntarnos de dónde viene el agua que tomamos, pero esas montañas que a veces creemos que son sólo paisaje tienen la respuesta. Y a medida que la ciudad crece, que la población se multiplica, esas preguntas se van volviendo cada vez más importantes: conviene que los que viven en la ciudad tengan un poco más de conocimiento de la región en la que la ciudad extiende su mancha, su mole de edificios, su mapa luminoso en la noche, porque con la población crecen la sed y el hambre, y ese mundo tan poco tenido en cuenta, a veces tan menospreciado por los habitantes urbanos, es el que tiene que saciar esa sed y alimentar ese progreso.

La naturaleza está en el río Cali, al que generaciones anteriores supieron rendirle honores notables. Hay ciudades que no parecen darse cuenta de la importancia de sus ríos, de esas aguas, esos cauces y esas músicas. Hay ciudades como Bogotá que se han acostumbrado a vivir a las orillas de un río muerto, que no han sabido honrar ese regalo de los dioses que es un río. De Cali podemos decir con orgullo que en tiempos en que se definía su estructura urbana, los caleños supieron tener en cuenta al río en su diseño, y que por lo menos en su zona central hicieron obras que convirtieron al pequeño río Cali en una joya de urbanismo. Con cierta retórica pero con bellas palabras el poeta Eduardo Carranza llegó a llamar a Cali “Un sueño atravesado por un río”. Para nuestra fortuna Cali es mucho más: una ciudad atravesada por un río, y ese río, a pesar de los trabajos hostiles de algunos urbanistas, todavía puede ser disfrutado, todavía se puede caminar ociosamente por sus orillas viviendo algunas de las más bellas aventuras que permite la ciudad: el diálogo de los amigos, el diálogo de los enamorados, el paseo solitario de los ciudadanos y de los artistas, esas horas de recogimiento y de contacto con la naturaleza que fructifican en ideas, en poemas, en convivencia.

Otros ríos tiene Cali: el Aguacatal, destino semanal de nuestros paseos en los buenos tiempos de mi infancia, cuando las tardes duraban toda la vida. Por ello puede decirse que hay niños que han pasado toda la vida a la orilla de un río y yo creo haber sido uno de ellos; me sé muchas historias de piedras y arroyos, historias de naufragios diminutos de hojas secas de guadua y de arañas que caminan sobre los suelos duros del agua. Y el Pance, que era nuestro río de los años setenta y que todavía es el destino de fin de semana de miles de caleños. Esos ríos tienen nombres de ríos, nombres poéticos, y parecen formar una sola larga palabra de agua: Cali-Pance-Meléndez-Aguacatal-Cañavalejo Cauca y Lilí.

Pero también aquí la ciudad envenena los ríos y con ello siembra la semilla de grandes destrucciones, aquí también hemos visto titulares de prensa que cuentan de otros crímenes y hasta dicen que los ríos pequeños están matando al grande, para no reconocer que los hijos que están matando al padre no son los ríos sino los hombres. Misión del arte y del pensamiento de la juventud es reinventar los ríos, para lo cual hay que reinventar los bosques, y en esa medida reinventar la ciudad. Yo suelo recordar unas palabras misteriosas de Holderlin al final de su poema *Patmos*: *Pues lo que quiere el padre que reina sobre todo /es que sea guardada la letra inalterable/ y que sea revelado el sentido profundo/ de lo que permanece.*

Muchas veces he leído esos versos tratando de entenderlos y pienso que uno de sus significados es que debemos esforzarnos por conservar intacto el texto del mundo y por descubrir lo que significa. Nosotros no hemos hecho los mares ni los ríos ni el aire ni la vida: somos beneficiarios de un tesoro que sigue siendo desconocido y misterioso. No alcanzamos todas las implicaciones, todas las imbricaciones, todas las influencias, todas las derivaciones, todas las fractalidades de la cosas, y por eso no podemos saber con certeza cuáles de nuestras alteraciones pueden modificar de un modo irremediable al mundo. El poeta recomienda que nuestra intervención sea discreta, que nos esforcemos por conservar la letra inalterable, y que dediquemos nuestro

esfuerzo más bien a revelar su sentido profundo, es decir, creo yo, no sólo a descifrar sino a valorar ese sentido, y en esa medida, como en otra parte también lo dice el poeta, a celebrar y a agradecer por ese misterio.

Todo esto para decir que es falso que la ciudad haya dejado atrás la naturaleza. La ciudad no puede vivir sin ella y no conviene que viva en discordia con ella. La perspicacia, la madurez, la lucidez del habitante urbano consiste en que sea capaz de advertir todas esas presencias bienhechoras y que sea capaz de disfrutarlas y de honrarlas. Si descuidamos la naturaleza la naturaleza nos descuida, y si la destruimos nos destruye.

Conviene recordar que la naturaleza también es esta brisa que al atardecer entra en la ciudad por el Occidente, viniendo de los cañones del Dagua y del mar cercano e invisible, esa brisa fresca que nos recuerda que somos un hormiguero diminuto en la vecindad de grandes fuerzas planetarias, de la cordillera basáltica, de los litorales selváticos, del gran mar occidental que hace de Cali una ciudad con un trasfondo oceánico, que no vive el contacto del mar sino su cercanía, pero llena de sus gentes, de sus brisas y de sus músicas. De cuántas maneras distintas llega el mar a Cali: en la panela chancaca y en las cocadas, en el Festival Petronio Álvarez y en el ritmo de las discotecas, en los chontaduros y en todas las mercaderías que vienen de Buenaventura. Por esa puerta entró buena parte de nuestra historia, y de todas las ciudades que gobiernan el litoral tal vez Cali es la más consciente de su situación aunque no sé si será del todo consciente de sus deberes y sus responsabilidades.

Igual todo lo que yo supe del mar a los nueve años lo supe en el puerto y en la Bocana, en ese mar que no tiene vocación de tarjeta postal sino de fuerza planetaria, que no es mar sólo para los ojos sino para todos los otros sentidos y para la imaginación. Entre todos los muchachitos que jugaban en el patio de mi colegio, en Fray Damián González, estaba uno que sólo conocí muchos años después y que ahora nos ha dado un testimonio muy importante de esa relación turbulenta y exuberante de Cali con el litoral. Es mi amigo Edgar Collazos y lo ha hecho en su novela "El demonio en la proa", publicada hace un par de años. Leerlo es comprobar esa vocación marina que tienen los caleños, y que en su caso es mucho más fuerte que la mía porque Edgar fue caleño todos los días de su infancia y yo sólo tuve el honor de serlo dos años en aquellos tiempos, dos años que sin embargo me llenaron la vida de sensaciones y de acontecimientos.

Hablar de los libros que guardan la memoria de la ciudad y de la región es importante. En Cali abundan esos libros, y una biblioteca de autores caleños, o vallecaucanos, puede asomarnos a un tesoro de la observación, a un mapa de la ocupación del territorio, a un plano de los crecimientos y las metamorfosis de la ciudad, que siendo como he dicho un hecho de la naturaleza, tiene un componente más complejo y es el ser humano. No hay que olvidar que la María de Jorge Isaacs, además de ser ejemplarmente la novela de amor de Latinoamérica, y yo creo que honra a Cali haber inventado el amor en Latinoamérica, así sea un amor tan casto, tan poco lujurioso como el de Efraín y María; además de eso, la María es un Expedición Botánica del valle del Cauca y un retrato de nuestro orden social en los paraísos del siglo XIX.

Hay quienes piensan que la ciudad son las calles, los edificios, los comercios, los servicios públicos, las plazas, las casas, los sistemas de transporte, y claro que sí, la ciudad es todo eso. Pero lo que hemos comprendido más plenamente en los últimos tiempos es que la ciudad es su gente, su memoria y sus circunstancias. Eso es precisamente lo que nos enseñó el Ulises de Joyce, que avanza minuciosamente en la exposición de que Dublín no sólo es calles y comercios y redes subterráneas de acueductos y bahías y camiones y perspectivas, sino cada uno de los pasos de sus habitantes, y la abigarrada memoria con que cada uno de nosotros recorre la ciudad y construye en ella su destino. En el ser humano la naturaleza se complejiza y se agrava de memoria



y de deseo, de ayer que no se van y de futuros que se anticipan. Nietzsche decía, para señalar ese carácter fronterizo del hombre entre la naturaleza y la cultura que “el hombre es un híbrido de árbol y fantasma”. Ya Aristóteles había dicho que “el hombre es por su naturaleza un habitante de la polis”, lo que algunos tradujeron de un modo equívoco como que “el hombre es un animal político”. Pero no, lo que la frase significa es que el hombre como tal sólo es concebible en el ámbito de la polis, y esta no es necesariamente un orden físico urbano sino un orden cultural. Al tejido visible de la ciudad tenemos que sumar su tejido invisible, lenguajes, músicas y ritmos, memorias, y símbolos condensados por el arte.

El ser humano es la fuente verdadera de la ciudad y es su parte más inestable, más inquieta, más dramática. Decía yo que para impedir que el diablo entrara en la ciudad habría que impedir que entrara el ser humano, pero el diablo del que hablo no tiene una connotación cristiana. Yo no me llamo cristiano, y no me siento digno de llamarme cristiano, esa es una filosofía, al menos si atendemos a las palabras de su fundador, muy exigente. Exige nobleza, pobreza, sometimiento riguroso a unas normas, y una casi angélica capacidad de amor y de perdón que yo no suelo ver en los cristianos declarados. El diablo del que hablo es lo que desde la cultura podemos llamar lo demoníaco, lo que llamaba así por lo menos Thomas Mann en sus libros, algo que pertenece a la naturaleza humana pero que puede ser dominado, encauzado, transformado por la cultura.

¿A qué llamamos civilización? En rigor no debería ser a los edificios y los medios de transporte, a las fábricas y los comercios, sino sobre todo al esfuerzo continuado de la humanidad por controlar sus demonios. Nuestras pasiones y nuestros deseos pueden hacerse destructivos y diabólicos si no les construimos un espacio de civilización. Esas poderosas fuerzas vitales que nos constituyen tienen enorme capacidad de ser fuerzas creadoras y transformadoras, pero si no construimos un espacio de civilización pueden llegar a ser terriblemente destructivas. Hay en nosotros una voluntad de acción que si no se canaliza para la creatividad puede convertirse en una fuerza monstruosa. Hay en nosotros una fuerza del deseo que si no se inscribe en un orden de afectos y de posibilidades puede hacer de nosotros no sólo seres muy desgraciados sino dañinos para los demás. Hay en nosotros un poder de imaginación que si no encuentra escenarios donde aplicarse y universos en los cuales desplegarse puede convertirse en tormento para nuestras vidas y en fuente de caos para la cultura. Por eso necesitamos sobre todo un espacio de comprensión y de oportunidades, de dignidad y de intercambio en el cual esas fuerzas poderosísimas que hay en nosotros no se asfixien de soledad y de incompreensión, no se conviertan en fuerzas malignas. El maestro Estanislao Zuleta, uno de las amistades más sabias que me dio Cali, me dijo una vez estas palabras, que yo siempre repito: “El crimen es falta de patria para la acción, la perversidad es falta de patria para el deseo, la locura es falta de patria para la imaginación”.

Nuestra sociedad requiere espacios para la acción, espacios para el deseo, espacios para la imaginación. Proveerlos es una de las tareas de civilización más profundas que puedan emprenderse. El auge del narcotráfico y de sus delincuencias paralelas es buena prueba de una sociedad en la que no existen canales lícitos para acceder a la riqueza. Oímos hablar todo el tiempo de enriquecimiento ilícito y nunca oímos hablar de enriquecimiento lícito, como sí lo hay en muchos países. ¿Qué de raro tiene, como dice una canción, que los sectores emprendedores se lancen a buscar la fortuna por vías oscuras si la sociedad está construida de tal manera que en el campo de la legalidad no hay opción para ellos?

Carlos Monsiváis decía hace poco, reflexionando sobre el actual auge de la criminalidad derivada del narcotráfico en México, que estamos asistiendo a la inmensa tragedia de una juventud que, ante la disyuntiva de pasar por el mundo ninguneada (el verbo es mexicano), de languidecer en un empleo miserable o verse excluida de todos los órdenes, opta por una riqueza breve y patética, por ser dueños del mundo por una tarde y

hundirse después en el abismo. Esas formas del mal tienden a proliferar en sociedades profundamente injustas, y revelan el colapso de un orden social y también el colapso de un modelo educativo. ¿Quién puede negar que esos individuos que se entregan a una inercia de ambición, retaliaciones y violencia, y que en la mayoría de los casos mueren a manos de su propia gente o terminan en celdas herméticas a muchos metros bajo tierra, eran gente talentosa, verdaderos empresarios que pudieron hacer la grandeza de su nación, pero que terminaron asumiendo todos los riesgos arrastrados por la fascinación del mal? A veces esos fenómenos ocurren en las familias más privilegiadas, no son patrimonio exclusivo de los que nunca tuvieron nada. No son sólo fruto de la necesidad sino de todo un orden mental.

De modo que el crimen, la perversidad y la locura no son fatalidades de la historia sino evidencias de un mundo donde no hemos logrado controlar nuestros demonios ni transformar en fuerzas creadoras la enormidad de las posibilidades de cada ser humano. Y es mucho lo que la ciudad puede ofrecer para que cada aventura humana se convierta en un hecho provechoso para el mundo. Borges decía, que nunca se había alejado por las calles de Buenos Aires sin sentir un alivio, sin sentir que la ciudad venía en su ayuda, y recordando aquellos versos de Robert Browning: *Here and here did England help me*, dijo de sí mismo: *Aquí y aquí me vino a ayudar Buenos Ares*. Yo puedo decir que en mi infancia y en mi adolescencia Cali vino siempre en mi ayuda, en forma de museos de arte, de amistades, de libros, de enseñanza, de conversación, de amor, de canciones, de paseos, de fiestas, de dificultades, de asombros, de oportunidades.

Recuerdo cuando llegué a los ocho años. Mi familia venía de la violencia del mundo rural, de las aldeas del Tolima aterrorizadas por la historia, del horror de los cortes de franela y los asaltos despiadados a medianoche. A pesar de que no había sido víctima directa de ninguna atrocidad, en mi mente crecían como hongos malignos poderosos terrores. Cali era una ciudad llena de alegría, de colorido, de espacios abiertos, pero también de terrores secretos. El Cali que encontré podía parecer hecho para acabar de aterrorizarme: recuerdo las novelas de miedo que difundían al atardecer los aparatos de radio, pero esas historias, que parecían crueles, estaban hechas para llenar el miedo de lenguaje, de eficaces conjuros. A finales de 1963 un automóvil me arrolló al atardecer en una avenida cerca de Siloé, y pasé dos semanas en el día inextinguible de una habitación de hospital, recibiendo eficaces lecciones de soledad. Al volver a casa, una emisora siniestra transmitía al atardecer los episodios de “El capitán misterio”, una radionovela de espanto, que continuaba el clima de cierto programa radial de los años cincuenta, nacido en Cuba pero prolongado en Colombia, que se llamó eficazmente “Apague la luz y escuche”. Esos terrores, y las historietas que alquilábamos con mi hermano a la vuelta del Colegio completaron el hemisferio oscuro de mi educación, y ahora sé que fueron fuentes eficaces de mi relación con la literatura. En aquellos tiempos yo no tenía idea de que llegaría a ser escritor, y sufría con esas cosas, porque ignoraba que los crímenes del arte tienen sobre los crímenes de la realidad la ventaja gigantesca de que son simulacros. Los griegos antiguos sabían que el arte de la tragedia es terrible, pero que en realidad nos fortalece ante las tragedias de la realidad. También Milton sabía que el papel de la tragedia es el de la vacuna: nos inocula un poco de la enfermedad para hacernos resistentes a ella. Por eso Edgar Allan Poe es un benefactor de la humanidad, porque sus obras nos llenan de lenguaje, de perspicacia, nos ayudan a enfrentar el horror que puebla la mente.

Puedo decir que cuando volví a Cali en mi adolescencia era víctima del miedo y la neurosis, me creía, como muchos adolescentes, amenazado por la locura. Cali se abrió como un espacio para vivir y para crear, amigos con los cuales podía compartir mi pasión por el lenguaje y mi amor por la poesía, amores que me introdujeron en el aprecio por mí mismo, órdenes de libertad, de lenguaje y de música donde podía sosegar mis temores, y encontrar un conjuro para mis pesadillas.



Yo nací en el Tolima una vez, pero en Cali he nacido varias veces. Cuando volví a la ciudad en mi adolescencia, y después de abandonar la Universidad, entré a trabajar en una agencia de publicidad y allí conocí a un hombre silencioso, de cabeza casi calva, con el rostro rudo de un personaje de Dick Tracy, gran fumador y harto silencioso, que un día entró en mi oficina a decirme que había leído algunos de mis avisos y que creía que yo tenía talento para escribir. ¿Por qué no escribes para la radio?, me preguntó. Le dije que eso sería muy difícil, y él replicó que no creyera tal cosa, él había escrito novelas para la radio toda su vida, y podía asegurarme que era cuestión de práctica. Le pregunté qué novelas había hecho, y me dio los nombres de buena parte de las novelas que apasionaron a Colombia en los años cincuenta y sesenta, cuando la televisión no era todavía para los pobres. Acosado por una sospecha le pregunté quién había escrito “El capitán misterio”, la fuente de algunos de mis terrores mentales, y entonces me reveló que él mismo había inventado una parte considerable de sus episodios. Yo creí que le guardaría rencor, en nombre de mi pelvis fracturada y de mi infancia inmovilizada en una camilla, pero fuimos buenos amigos desde entonces. Era Fulvio González Caicedo, uno de los grandes creadores de una época de nuestra radio.

No podría enumerar todo lo que Cali puso ante mí en aquellos años. Esta ciudad había logrado, por una extraña conjunción de factores, que mucha gente se sintiera parte de su sueño, y aquella juventud se sentía autorizada a inventarlo todo. Aunque yo me atrevería a decir que muchos de los poemas, muchas de las novelas que se gestaron entonces aún no se han escrito. Las ciudades van tejiendo lentamente su mitología, y ello exige tiempos de auge y tiempos de nostalgia, tiempos en que algo se gana y tiempos en que todo se pierde. La talentosa ciudad de Enrique Buenaventura, la pensativa y conversadora ciudad de Estanislao Zuleta, la atormentada y laboriosa ciudad de Andrés Caicedo, la ciudad rumbera de Umberto Valverde, la nostálgica de pueblos de Álvarez Gardeazábal, la observadora de Luis Ospina, la ciudad endiablada de Carlos Mayolo, la ciudad meditada y genial de Oscar Muñoz, la ciudad sombría de Ever Astudillo, la ciudad poética de Lucy Tejada, la festiva ciudad de Hernando Tejada, pero para qué hacer listas: centenares de ciudades tejen esa novela, y quién sabe quién será el Joyce que se anime a escribirla. Sólo con las historias de la corte del rey Charlie, o con las metamorfosis de Ramón Garzón, o con las noches estruendosas y sudorosas bajo las trompetas de Agapito o de Convergencia, o con la tiniebla diurna de los bares donde los adolescentes descubrían el amor, o con las luchas de Alfonso Barberena y Balvaneda Álvarez a finales de los años cincuenta al frente de sus multitudes de desposeídos, o con la explosión indescriptible de siete camiones cargados de dinamita que unió los tiempos de todos los caleños en un solo minuto de horror, o con esas casetas de domingo en las orillas del río donde el pueblo entero bailaba boogaloo hasta la extenuación, o con las aventuras de Celso Dorado que me contaba don Marcos Yasnó en los domingos de Belalcázar, o la convivencia del mundo de la salsa del Honka Monka y del Séptimo Cielo con el mundo del rock de las fiestas del norte y con el mundo del tango en las tabernas de la calle quince o en las cantinas desconsoladas de la carrera octava bastaría para llenar muchos capítulos. Y veríamos a León de Greiff escuchando con impaciencia sus poemas recitados por bardos solemnes en el teatro Municipal, a Daniel Santos arrodillándose para terminar un bolero, a Tito Cortés revisando las planillas del bus Blanco y Negro en una estación polvorienta, a Adolfo Montaña cantando madrigales y repartiendo semillas y conspirando en secreto sus novelas góticas, al poeta Antonio Llanos que se apaga en el olvido y en la locura en los pasillos del Hospital Siquiátrico, a Estanislao dictando sus conferencias sobre Ricardo III o sobre Thomas Mann, o bebiendo sus aguardientes en el Lido mientras sopla la brisa del atardecer, a Claudia Calderón estudiando a Lizst y a Bela Bartok en su casa de Vipasa, a Alejandro Hermann haciendo muecas desde su automóvil color tabaco, a José María Borrero que entra vestido de smoking a dictar una conferencia en la vieja casona de la Universidad, a Harold Alvarado lanzando su libro de poemas con un prólogo de Borges que él mismo ha escrito, a Fernando Vásquez que recita poemas surrealistas en una casa adornada de horcas, a las parejas vestidas para fiestas de treinta años atrás bailando en la Matraca, frente al Parque Obrero, y a los

bebedores nostálgicos que escuchan viejos discos de acetato en Evocación, sobre la calle quinta, y a los líderes estudiantiles que se mueven por los pasillos de la universidad como en las barricadas de una insurrección, mientras en la tertulia se inaugura alguna exposición de Camnitzer o de Oscar Muñoz, y a larga fiesta de duelo por la muerte de Andrés Caicedo en un largo domingo de hace treinta años.

Todo ocurre a la vez en todas partes, la ciudad está viva y prodiga sus fiestas y sus encuentros, sus debates y sus grupos de estudio, sus cineclubes y sus lunadas, sus manifestaciones y sus duelos. Y cuando todo ha pasado, basta que sople un poco la brisa, basta remover un poco las hojas caídas de las grandes ceibas, para que surjan de nuevo todos esos recuerdos y fertilicen nuevos lenguajes y nuevas estéticas. Yo no vengo a Cali a rumiar nostalgias: la ciudad sigue tan viva y tan llena de desafíos como entonces, y hay que caminar por ella como el primer día, sintiendo que todo está a punto de ocurrir.



La ciudad desde afuera: Signo, Memoria y Frontera

Alejandro F. Haber

La ciudad hispanoamericana ha sido un dispositivo fundante de la geografía colonial. La ciudad era el asiento del poder imperial tal como este era encarnado por los vecinos, los españoles particulares que se hicieron cargo de la empresa colonial, que se ocuparon de empujar la frontera¹. En esta ocasión quisiera compartir tres escenas catamarqueñas en las que se reconfigura la frontera colonial en relación a la ciudad. Estas tres escenas son más o menos contemporáneas, en un lapso relativamente acotado que va del 2004 al 2007. Como adelanté, las tres ocurren en Catamarca, una provincia del noroeste de la República Argentina.

Pero antes de proceder con las escenas cabe un rápido resumen de la conformación territorial de la Argentina. Esta sucedió mediante la yuxtaposición de dos procesos coloniales: el español y el argentino. Durante el proceso colonial español² (siglos XVI, XVII y XVIII) la frontera se establecía mediante la fundación de una ciudad -acto que era estrictamente normado y ritualizado- y la conformación del cabildo -el cuerpo político de los vecinos (cristianos, blancos, varones y propietarios) en quienes se delegaba colectivos de gente, territorios y recursos, en quienes los vecinos desplegaban sus acciones de saqueo, explotación, represión, etc. También desde las ciudades se reducía a las comunidades en pueblos de indios, unos campos de concentración que, a partir de las reformas toledanas de 1570, debían disciplinar a las poblaciones locales al tiempo que desterritorializarlas para concentrarlas en puntos definidos del espacio de frontera. Se establecía entonces una relación directa entre la ciudad y los pueblos: la ciudad era el asiento de los colonizadores, del Estado, de la iglesia, y los pueblos eran el asiento de los colonizados. Por ejemplo, la gobernación del Tucumán, perteneciente al Virreinato del Perú, tuvo una gran cantidad de fundaciones de ciudades, es decir, de proyectos de ocupación colonial, sólo algunas de las cuales sobrevivieron a la tenacidad de una frontera meridional caracterizada por una resistencia armada de 140 años. Santiago del Estero fue así la primera ciudad persistente, a la que sucedieron San Miguel, Salta, Jujuy, Córdoba y La Rioja. Desde las ciudades de Santiago, San Miguel (en su asiento de Ibatín) y La Rioja los vecinos fueron progresivamente apropiándose de las tierras de las comunidades del Valle, una región encajonada entre altas montañas, relativamente fértil y habitada, intermedia entre las mencionadas ciudades y las sucesivas y fallidas ciudades del Barco y Londres, más al oeste. La Población del Valle, también llamado el Valle de Catamarca, era la frontera de la colonización, más allá del cual todos los intentos de fundación colonial habían sido sistemáticamente fracasados por las resistencias locales. Es recién después

¹ Juego en este texto con una noción de frontera que es geográfica al mismo tiempo que epistémica. Para lo que se ha dado en llamar 'pensamiento fronterizo', ver "Historias locales / diseños globales", de Walter Mignolo, Akal, 2003, Madrid.

² Para una temprana y detallada descripción de la conformación territorial regional remito a "Londres y Catamarca", de Samuel A. Lafone Quevedo, La Nación, 1888, Buenos Aires.

del sometimiento militar de la resistencia calchaquí que se decide reordenar la expansión colonial hacia el oeste mediante la fundación de una ciudad en el Valle, a partir de sectores de los territorios jurisdiccionales de las ciudades de Santiago, San Miguel y La Rioja, y de la entonces nuevamente trasladada Londres. La fundación de San Fernando del Valle de Catamarca, en tierras del pueblo de indios de Choya, en 1683, constituye la última fase de la expansión colonial española en la Gobernación del Tucumán, y tuvo el sentido que le daba la reconfiguración de la frontera tras la guerra colonial. La Población del Valle, antiguo asiento rural de los vecinos españoles, fue relocalizada por la fuerza en San Fernando del Valle, y con el tiempo fue cambiando su apelativo por el de Valle Viejo, de donde traeré mi primera escena. Al otro lado del cerro Ambato, que había representado durante mucho tiempo la división entre el Valle (colonizado) al este y Calchaquí (resistente) al oeste se encuentra Pomán, donde se había trasladado la ciudad de Londres unos 50 años antes -a su vez trasladada a la nueva San Fernando del Valle- y de donde viene mi segunda escena.

Con el tiempo la dicotomía geográfica se va matizando en buena medida, dando lugar a asientos rurales de la élite, la chusma urbana, y todo tipo de interdigitaciones demográficas entre las dos repúblicas, pero igualmente las dependencias, jerarquías y dicotomías políticas y raciales continúan reproduciendo las relaciones coloniales originales. Son los cabildos de las ciudades los que participan, a favor o en contra, de las acciones políticas que conducen a inicios del siglo XIX a la independencia de la corona española, y las chusmas urbanas y rurales son movilizadas en la medida de los intereses de las élites. Lo cierto es que la historia de representación política en la conformación del Estado argentino fue una reproducción de la representatividad política española, de manera que territorialmente la nueva nación fue integrada por la adición de provincias -de allí su nombre original de 'Provincias Unidas'- cada una de las cuales se definía en torno a una ciudad. Una vez establecido el Estado argentino de esta manera, y a medida de los intereses comunes de las élites de las provincias más poderosas, el ejército nacional procedió a la guerra contra los pueblos indígenas de la Pampa -rankulche-, la Patagonia -mapuche, aonikenk, selknam y yamana-, el Chaco -qom, wichí, nivaklé, pilagá, mocoví, mbya, avá. Estos pueblos derrotados en la guerra fueron, a su vez, reducidos en campos de concentración, y sus territorios fueron incorporados a la nación argentina bajo la forma de Territorios Nacionales, bajo jurisdicción militar. Estos fueron transformándose en provincias (es decir, divisiones administrativas con representación política) a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, a medida en que en sus respectivas ciudades capitales se conformaban grupos de población blanca que pudieran encarnar la representatividad política territorial. Hubo un sólo territorio nacional anómalo, tanto en su formación como en su transformación: el Territorio Nacional de Los Andes. Este fue incorporado a la nación argentina no mediante una guerra colonial sino mediante un laudo arbitral del presidente de los Estados Unidos entre Chile y la Argentina, en 1900. Se trataba de parte del territorio que en 1879 Chile había obtenido de Bolivia en su guerra contra este país y el Perú. Ese territorio, entonces llamado Puna de Atacama, era reclamado previamente a Bolivia, país que había reconocido la soberanía argentina como manera de condicionar la neutralidad de este país en la guerra. Antes de Chile había sido, entonces, de Bolivia, y antes de la independencia boliviana en 1825, había sido parte del Virreynato del Perú y luego de su desprendimiento, el Virreynato del Río de la Plata. En 1943 el Territorio Nacional de Los Andes, en lugar de provincializarse como los demás territorios, fue desmembrado en tres y su territorio (y junto con el territorio claro, sus habitantes) entregado a las provincias de Jujuy, Salta y Catamarca. La porción que le fue dada a Catamarca es Antofagasta de la Sierra, de donde traeré la tercera escena.



Primera Escena

La primer escena tiene lugar en San Isidro del Valle Viejo, una localidad del conurbano de Catamarca, el 11 de octubre de 2004, el día del contrafestejo del Descubrimiento³. Se trata de un acto convocado por la Municipalidad de Valle Viejo, y que tiene como escenario la Plaza del Indio, en donde varios monumentos recrean motivos derivados de iconos de la arqueología local, magnificados en torreones, fuentes y paseos. Para la ocasión han sido invitados los caciques de las comunidades indígenas existentes en Catamarca, es decir, aquellas comunidades locales que han decidido presentarse ante el Estado dentro de esa categoría especial de ciudadanía. Hay actos musicales, desfile de los estudiantes de los colegios del departamento y varios discursos. Entre ellos, se da lectura a la ordenanza municipal que establece la fecha de fundación de Valle Viejo en el 19 de abril de 1668. La disposición, impulsada por el Secretario de Cultura, hermano del intendente y profesor de Historia, viene a reparar un error histórico por el cual Valle Viejo adolecía de fecha de fundación como ciudad. Dado que no se encontró el acta de fundación -lógicamente porque tal fundación nunca existió- se decidió establecer el 19 de abril como la fecha a celebrar, tomando en cuenta que esta es la fecha en la cual se celebra al indígena americano. De 1668 son los más antiguos documentos escritos referidos a la población del Valle que ha conseguido el Secretario de Cultura municipal, y se ordena entonces que el Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Catamarca y la Junta de Estudios Históricos de Catamarca tomen debida nota que, a partir del 11 de octubre de 2004, la ciudad de Valle Viejo fue fundada el 19 de abril de 1668. Todos felices ya que, también desde entonces, la administración pública y las escuelas de Valle Viejo considerarán al 19 de abril como día festivo y, por supuesto, no laborable, una circunstancia largamente anhelada y que ponía a empleados de Valle Viejo en desventaja con los empleados de la muy cercana jurisdicción de San Fernando del Valle de Catamarca, que sí, como llevo dicho, cuenta con un acta de fundación y, por consiguiente, con su día festivo no laborable.

Encontramos en esta escena al Estado municipal de Valle Viejo movilizando la retórica clasificatoria multicultural del Estado nacional Argentino (a los caciques, a las willpalas, a la fecha celebratoria del indígena) para inventar administrativamente una verdad histórica acerca de un significante -la ciudad-, ya vaciado de su significado como invención administrativa de la frontera colonial. La ciudad aparece en la escena de Valle Viejo como un puro significante y, al mismo tiempo, como el lugar del deseo. La historia es producida performativamente mediante el acto administrativo de fijar la fecha de celebración de una fundación que nunca sucedió, no porque esa historia tenga un significado como pasado común, sino porque constituye una promesa de ciudad. La ciudad aparece en la escena de Valle Viejo como un patrón de normalidad de ciudadanía y de Estado, un patrón que se origina en la historia y cuyo acomodamiento puede implicar modificar la historia de un plumazo si resulta necesario. Lo indígena es traído como otro significante, pues mientras se festeja a 'nuestros indígenas' lo que se produce es ese 'nosotros' normal respecto del cual los indígenas constituyen su referencia relacional. La ciudad es en Valle Viejo el deseo del Estado, que dice encarnar un nosotros que se expresa como poseyendo a lo indígena; configurando una simbolización fálica en donde lo indígena y la ciudad conforman los términos de sus respectivas ausencias.

3 He escrito sobre esta escena en "Archaeology on both side of the iron bars", *Archaeologies* 1(1):111-118.

Segunda Escena

El 21 de abril de 2006 apareció en el matutino local La Unión una noticia que ponía en evidencia de una manera bastante curiosa la política de la identidad indígena⁴:

“Descendiente de la comunidad Diaguita, de Pomán, se sienten ofendidos con el libro “Pueblos de indios de Pomán, Siglo XVII-XIX”⁵, y que pronto se presentará en la Universidad Nacional de Catamarca, por la calificación que reciben. Mediante nota, solicitaron que la autora, Gabriela de la Orden de Peracca, revea el mismo, y modifique la denominación “indios” por la de “diaguitas calchaquí”.”

“POMAN- Gabriel Antonio Ferreyra, descendiente del último cacique “Chasampi” de Mutquín, en el departamento Pomán, sostuvo que “sin conocer el contenido del libro, entendemos que desconocen nuestras raíces, que son diaguitas calchaquí”. Por ese motivo, presentaron una nota al decano de la Facultad de Humanidades, Licenciado Luis Eduardo Segura, en la que solicitan modifiquen el título. El libro va a ser presentado en un acto académico el próximo 27 de abril, en el Salón Amarillo de la UNCA.

“Si bien Ferreyra reconoce que es casi imposible que esto suceda, por cuanto ya el ejemplar debe estar impreso, “nosotros queremos dejar un precedente antes de la salida del libro sobre nuestra opinión, como descendientes del cacique Chasampi.

Contó que los antiguos habitantes de este pueblo fueron de la parcialidad Calchaquí, descendiente de la gran nación diaguita, aculturada por el Imperio Incaico, a partir del año 1400 aproximadamente; por espacio de 200 años se habló el quichua. Recibieron el nombre de “Mutquy”, que significa “olor”, luego transformado en Mutquín.

Para nosotros, esto es un agravio, porque Mutquín nunca fue un pueblo de indios. Según la cerámica de superficie, es de la llamada la Aguada, de unos 300 a 600 años, o sea que contamos con más de 1.400 años, por esa razón no pueden tratarnos con el apodo que nos puso Colón, al llegar a la isla Guanini”, resaltó.”

El título no sólo no fue modificado sino que, dos años y medio después, se presentó en el mismo lugar y por la misma autora un segundo libro, ahora titulado ‘Los Pueblos de Indios en Catamarca colonial’⁶. Esta escena señala, en primer lugar, la ingenuidad presentista de muchos historiadores a la hora de poner en el discurso presente categorías políticas que adquieren sentido dentro de configuraciones de diversidad pasadas, y que en el contexto en el que son emitidas resultan interpelaciones que tanto pueden suscitar sujeciones como resistencias a la sujeción. En esta escena, la resistencia de Ferreyra al apelativo ‘indio’, una resistencia que lleva algo más de 300 años de demora, resuena, en cambio, actual, si la leemos como resistencia al más reciente apelativo ‘indígena’ bajo el cual el Estado establece su política multicultural que tanto es reificación de

4 He escrito sobre esta escena en “This is not an answer to the question ‘Who is indigenous?’”, en *Archaeologies* 3(3):313-339.

5 “Pueblos Indios de Pomán: Catamarca (siglos XVII A XIX)”, de Gabriela de la Orden de Peracca, Editorial Dunken, Buenos Aires, 2006.

6 “Los Pueblos de Indios en Catamarca Colonial”, Gabriela de la Orden de Peracca y otros, Editorial Dunken, Buenos Aires, 2008.



la diferencia -ante lo que Ferreyra no parece dispuesto a rebelarse- cuanto una reducción a una misma posición de sujeto como lo otro del patrón de normalidad. Es precisamente desde el patrón de normalidad, con asiento en la Universidad y en la ciudad de San Fernando del Valle, que es posible no sólo escribir acerca de la gente de Pomán en términos de una categoría naturalizada como figura histórica, sino también hacerlo sin creer que deba uno hacerse cargo de las consecuencias. Es desde la posición de 'la ciudad' que se puede hablar de 'los pueblos de indios', y ya sea que se cuestione (Ferreyra) o no (la historiadora) la validez de la configuración de diversidad que le presta contexto significativo al significante 'indio', lo que ni uno ni otro dicen ni cuestionan es que esa configuración de diversidad se enuncia desde un patrón de identidad normal que, por lo mismo, se refuerza como lo no cuestionado ni cuestionable. Mediante su referencia al conocimiento universitario sobre la cultura de la Aguada, que Ferreyra estatuye como la referencia de verdad histórica contra la cual rechaza el apelativo colonial, se niega a cuestionar a la universidad como el asiento del conocimiento acerca de la historia que se enuncia por encima y en contra de la memoria histórica de los mismos pueblos en nombre de los cuales él resiste la designación colonial.

En esta escena la ciudad aparece como el lugar incuestionado de la normalidad de la identidad, al mismo tiempo que es el lugar incuestionable de la designación de su propio exterior en relación al cual se define⁷. Lo irónico del caso es que la resistencia a la designación se produce sobre la base del acomodamiento a la misma maquinaria epistémica que se rechaza.

Tercera Escena

En Antofagasta de la Sierra hay un museo, llamado 'Museo del Hombre de Antofagasta de la Sierra', que fue montado por sendos equipos de arqueólogos basados en Buenos Aires y Tucumán. Desde hace unos pocos años realizo, con la participación de estudiantes de doctorado y de pregrado, con estudiantes, maestros y profesores de las escuelas locales, con personal municipal y pobladores ancianos de la comunidad de Antofagasta, algunas co-investigaciones acerca del museo, los discursos académicos de la arqueología, los signos de la identidad, etc. Uno de los temas que en estas investigaciones vuelve una y otra vez a la discusión, son los dos cuerpos humanos momificados que están alojados y exhibidos en el museo. El equipo de arqueología de la Universidad Nacional de Tucumán descubrió y excavó los restos, cuya momificación natural en condiciones de extrema sequedad ha llevado a la conservación de los tejidos cutáneos, el cabello, las ropas de los difuntos. Sin dar parte a la comunidad los cuerpos fueron llevados a San Miguel de Tucumán, donde fueron sometidos a análisis de variado calibre. Al cabo de dos años el hallazgo de los cuerpos fue anunciado en la prensa, en una presentación oficial en San Fernando del Valle de Catamarca y luego llevados al Museo del Hombre de Antofagasta de la Sierra. El mismo procedimiento, que contó con el aval de la Dirección de Antropología de la Provincia de Catamarca, fue seguido primero con el cuerpo de un bebé y luego de unos años repetido con el de una mujer.

En marzo de 2007 una mujer de la comunidad realizó un hallazgo circunstancial junto a una peña. Se trataba del cuerpo momificado de un bebé y, por lo tanto, la policía lo llevó inmediatamente al Museo. Allí, Ernestina

⁷ Una teoría relacional de la discursividad y la realidad de la cual tomo algunos conceptos de este texto, en "Cuerpos que importan", de Judith Butler, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2002.

Mamani, la encargada del Museo y una de nuestras compañeras de investigación en el Museo, sostuvo que se trataba de un antepasado y que entonces correspondía enterrarlo en el cementerio, dado que no podían cometer ellos el mismo error que los arqueólogos habían hecho al dejar en el museo el cuerpo de dos familiares de la comunidad. Ante su posición, la dirección de Antropología de la Provincia consideró que el cuerpo del bebé, siendo patrimonio arqueológico, entraba bajo su jurisdicción y que enviaría a un personal técnico a Antofagasta, mientras tanto el bebé debía ser alojado en el cuartel de la Gendarmería Nacional, un cuerpo especializado del Ejército formado para defender las fronteras con los Estados limítrofes y reciclado en el último par de décadas como fuerza especializada en la represión de la conflictividad social interna. Al cabo de unos días se apersonó la arqueóloga Edith Valverdi, de la Dirección de Antropología, cuyas actuaciones fueron registradas por Ernestina Mamani, Laura Roda y Wilhelm Londoño, estos últimos antropólogos de mi equipo.

La funcionaria determinó que, en principio, dado que se trataba de un entierro junto a una peña, y que la disposición del cuerpo y de los objetos acompañantes era muy similar a aquella que tenía el hallazgo del Bebé de la Peña (el bebé exhibido en el museo y que según los arqueólogos tiene 4000 años de antigüedad), era un caso indudable de hallazgo arqueológico y que, por lo tanto, correspondía al patrimonio de la provincia y debía ser llevado a San Fernando para su estudio en la Dirección de Antropología. Ernestina, y con ella otros pobladores locales, se opusieron arguyendo que tanto el bebé entre manos como el que está en el museo eran antofagasteños y emparentados con ellos mismos, y que por lo tanto no dejarían que se lo llevaran del pueblo. Como evidentemente lo que estaba en juego era la movilización y/o la represión de la memoria social conforme se aplicara uno u otro marco de configuración de la diversidad, esta escena desembocó en una agria discusión cuyo escenario fue Tebenquiche Chico, un sitio arqueológico que yo mismo excavé durante la década del 90 en territorio de la vecina Comunidad de Antofalla.

Como parte de las actividades de la Semana del Museo, parte de la población de Antofagasta, más los antropólogos del gobierno y los de mi equipo, visitaron la comunidad de Antofalla, con el fin de conocer de primera mano las razones por las cuales los antofalleños habían decidido presentarse ante el Estado nacional como comunidad indígena. Aprovecharon entonces para visitar Tebenquiche Chico, en donde todo el grupo recibió una clase ofrecida por el cacique de Antofalla, quien al término de su explicación dijo que esas eran las casas de los antepasados y que el lugar y los hallazgos pertenecían a la comunidad. Dicho esto la arqueóloga gubernamental discutió agriamente con la comunidad, una situación que permitió poner en discurso el supuesto de normalidad blanca desde el cual ella designaba al bebé como arqueológico y a los antofagasteños y antofalleños como blancos (criollos o mestizos, es decir, desprovistos de vínculo tradicional con la tierra).

Al cabo acordaron que examinaría el cuerpo del bebé en la dependencia de la Gendarmería, examen que mostró que el bebé, por mucho que se pareciera al otro bebé de 4000 años, tenía bajo la ropa un cordel de hilo sintético y que, por lo tanto, no tendría más de 15 o 20 años de enterrado. Este último descubrimiento permitió destrabar el conflicto, pues se demostró que no era 'arqueológico' en modo alguno, y fue enterrado en el cementerio con una ceremonia en la que participó la comunidad de Antofagasta. Lo que no pudo desarticular el descubrimiento del hilo sintético fue la asociación metafísica que la mente de la arqueóloga gubernamental, y de toda la arqueología tras ella, había establecido entre lo indígena y lo arqueológico, entre la forclusión de la memoria local y la manipulación experta de los parientes. El descubrimiento del hilo sintético entre las ropas del Bebé intervenido por la Dirección de Antropología, una intervención que, recordemos, se basaba en su extraordinario parecido de situación de hallazgo y disposición con el Bebé de la Peña 'incuestionablemente' arqueológico, vino así a cuestionar el propio supuesto mediante el cual el cuerpo del Bebé de la Peña de 4000 años es manipulado por los expertos y exhibido en el museo, una actitud que es expresada como mínimo como



irrespetuosa por parte de los antofagasteños. Es decir, vino a cuestionar el patrón de normalidad de la ciencia desde el cual lo incuestionado deviene en 'incuestionable'.

En esta escena la ciudad aparece como el lugar desde donde se desarticulan las relaciones significativas entre la comunidad y sus antepasados, se reprime la memoria local y se reactualiza el trauma colonial. Es en la identificación política con el otro lado de la normalidad que la comunidad local se apoya para resistir la violencia experta del Estado, y para cuestionar el patrón de normalidad de la ciudad, la universidad y la gobernabilidad. En esta escena no sólo se resistió eficazmente la designación realizada hacia el exterior desde la ciudad, sino que se cuestionó el patrón de normalidad que permite alimentar la fantasía del lugar que designa-pero-no-puede-ser-designado; es en base a esos cuestionamientos que se dimensiona públicamente el reestablecimiento de las relaciones de cuidado de los dioses y se evitan sus intentos de domesticación.

En las tres escenas, que acabo de describir brevemente, se pueden ver distintos grados de actuación de la ciudad como significante colonial que, al ponerlos en movimiento, se nos aparecen como una frontera entre la ciudad como lugar del deseo de occidente y su exterior como aquello que es necesario penetrar: la frontera. La frontera es un espacio no meramente físico, sino un espacio definido por la carencia de aquello que constituye la normalidad desde la cual la ciudad se enuncia. Al mismo tiempo, vista la ciudad desde la frontera, se abre un cúmulo de posibilidades de fortalecimientos de las memorias locales que no tardan en establecerse como los lugares desde los cuales se sostienen los regímenes de cuidado de la tierra y los dioses y las teorías de la relacionalidad que se posicionan en alternativa al deseo de la ciudad.

Si la ciudad es vista, no desde su propia enunciación, sino desde su exterior epistémico, aparece como promesa que no puede ser cumplida. También desde afuera podría uno preguntarse si incluso la ciudad puede ser reconstituída por la realidad de la vida.

Gestores de ciudad:

reconociendo y reinventando
nuestro territorio



ALCALDÍA DE
SANTIAGO DE CALI



CALI, UN NUEVO LATIR



Constituyente por Cali
Un corazón puede mucho,
muchos corazones lo pueden todo!